

gero; será echado del concurso. El reglamento calcula y | La animacion, el ruido y el movimiento son grandes; el  
fija este peso segun la edad. Generalmente entre todas las | campo de las carreras se parece á un hormiguero de hom-



Jockey.

personas que han de correr y cuidar los caballos, es difícil  
oír hablar el español, y ninguno se llama Pedro, Antonio,  
Francisco, sino Arturo, Williams, Jorge.

SEGUNDA SERIE.—1856.

bres. En Inglaterra, todo Londres va allí; en Francia, una  
gran parte; en España solo van los elegantes y las gentes  
que, como yo, cualquiera que sea el género de diversion,

AÑO XIV. 15.



se proponen no perder ninguna. En Inglaterra, en los mismos coches, en los almohadones, se improvisan comidas; se convida de un carruaje á otro; se ofrecen copas de Champagne y pedazos de jamon fiambre. En España, algunas señoras de las mas elegantes han querido importar esta costumbre, y como no se ha generalizado las ha puesto en la risible situacion de una persona que se pone á comer y mascar delante de todo el mundo.

Embarazados nos vemos para hacer la descripcion de las carreras de caballos, porque españoles de corazon, no sentimos, como no ha sentido el pueblo, entusiasmo por esta diversion extranjera; pero, pues que nos hemos propuesto hablar de ellas, espondremos las impresiones que nos ha producido igual espectáculo en las llanuras de Epsom y Manchester, donde las hemos presenciado. Allí es un espectáculo verdaderamente nacional; allí, al ver las carreras en que la vida de los hombres se halla en peligro, y que generalmente terminan con algun brazo ó alguna pierna rota, cuando no con la muerte, hemos encontrado una disculpa á la critica de barbarie que hacen los estrangeros de nuestras funciones de toros. Nosotros, que no condenamos este espectáculo puramente español, tampoco condenamos por los peligros que ofrecen las carreras de caballos. Demasiados elementos contribuyen hoy á hacernos proceder con demasiada prudencia ó timidez para que no deseemos que haya espectáculos en que se presenten ocasiones para poder mostrar todavía un poco de audacia y virilidad; si hay peligro, tanto mejor, su presencia reanima el valor. Preciso es decir que en Inglaterra, como en España en la funcion de toros, el peligro constituye uno de los atractivos mas vivos de las carreras. Las mejores son las que mas obstáculos presentan y cuando abundan los contratiempos, que son principalmente las caidas. ¡Qué emociones no experimenta aquella muchedumbre cuando corren los rivales, y qué grito lanza, despues de un instante, en el momento en que salta la valla! A la hora de retirarse oigamos las conversaciones.

—Magnífica ha sido la carrera;—ha habido cuatro caidas: un jokey casi ha muerto y dos caballos están heridos.

—Tonta ha sido la carrera; no ha habido ni una caida.

La emoción escitada por estas carreras da un relieve que las caracteriza, dejándolas en toda su originalidad.

Para los verdaderos *sportman*, á la hora de las carreras, la vida del caballo es todo: la del jinete nada. Recordamos lo que oímos contar de un inglés que asistia á las carreras de caballos de Epsom en el último año de 1854.

Habia que saltar una valla de respetable altura. El caballo, al llegar al pie de ella, lánzase, tropieza con la cabeza y cae: el jokey cayó también; corren para levantarlo, pero el caballo se escapa, y vuelve á caer como una masa inerte. El inglés habia corrido como todo el mundo, pero dejando al jokey tendido sobre el suelo, solo se informó del caballo.

—¿Su nombre, preguntó, su nombre?

—¡Friend!

—¡Friend, bueno!... apostaré contra él... y se marchó alegremente.

En cuanto al jokey no habia muerto; aquella misma noche el pobre diablo estaba cantando: se habia emborrachado terriblemente. El pie del caballo, al caer, le habia dado en el cuello y la sangre habia corrido torrentes de

su herida: la cox habia hecho el oficio de la sangría: debia matarle y le habia salvado evitando una congestion cerebral ocasionada por la conmocion de la caída.

Los jokeys se hallan acostumbrados á estos accidentes ni mas ni menos que nuestros toreros á las heridas que les causan los toros.

En una ocasion llamaron á un médico inglés para curar á un herido: (las heridas causadas en las carreras de caballos, necesitan mas que todo un médico inglés: son accidentes esencialmente británicos). El jokey se hallaba desmayado; cuando volvió en sí, abrió los ojos, miró en derredor, vió al doctor, y cogiéndole la mano:

—Doctor, le dijo, ¿podré correr mañana?

Esta palabra es heroica, es la palabra del soldado que desea nuevas batallas; es la palabra del torero español, que al retirarse á la enfermería, pregunta al médico si podrá salir en la corrida del próximo lunes!

Terminadas las corridas, comienza á retirarse la concurrencia, la multitud de carruages toca retirada, rompe filas, y sale en todas direcciones: aquello es un caos, una confusion que no tiene nada semejante; las ruedas se tropiezan, los caballos patean, relinchan y se encabritan; los cocheros se dicen algunas desvergüenzas mezcladas con latigazos por pasar adelante con sus carruages; los ginetes, encerrados en aquella confusion, se esfuerzan en salir de ella reteniendo ó adelantando sus caballos. Todo hace temer que sucedan mil desgracias, y sin embargo, nada ocurre sino algunas ruedas rotas y algunas sillas descompuestas. Es el espectáculo centuplicado de la calle de Alcalá en una tarde de toros. Bien pronto aquel torrente se dirige hácia un mismo punto, y la misma multitud de curiosos que á la puerta de la ciudad ha visto la salida de aquella inmensa caravana, vuelve á recibirla, pero blanca de polvo. ¡Cuántos prendidos perdidos ó ajados, cuantos vestidos echados á perder! Pero quién se detiene en estas fruslerías? ¿No hay siempre bastantes telas de vestidos en las tiendas de los comerciantes? Mientras que los carruages se retiran con toda la impetuosidad de la furia inglesa ó francesa, los vencedores se empaquetan entre mantas, y vuelven tambien lentamente: su victoria no ha durado mas que un minuto, quedándoles solo el cansancio.

Hemos dicho que los jokeys no solo en España, donde no se ha aclimatado esta funcion, sino en Francia, son ingleses. Los hay entre ellos muy célebres. Su peso legal es de cien libras, y todos sus esfuerzos se dirigen á mantenerse en los límites marcados por reglamento. Algunos están tan felizmente constituidos, que jamás pasan del peso prescrito; otros, no pudiendo contener la naturaleza, se ven precisados á recurrir al arte para mantenerse siempre en el peso legal.

Hay en Inglaterra una aldea que tiene la propiedad de proveer para el consumo de todos los jokeys que se necesitan en las carreras; allí es uno jokey por derecho de nacimiento. Cuentan los historiadores que en otro tiempo en la salvage república de Esparta, los niños raquíticos eran desapiadadamente arrojados de lo alto del Taigeto. ¡Cuántos jokeys no ha matado aquel soberbio pueblo que no quería mas que soldados! Muy al contrario de Lacedemonia, New-Market saluda con alegría los niños endebles. Esta aldea vé en sus débiles miembros la halagüeña esperanza de verlos convertirse en excelentes jokeys. Ese pequeño niño





endeble y enfermizo será un día el honor de las carreras de caballo; será como un pájaro colocado sobre el vigoroso lomo de un caballo. Si hay algunos muchachos robustos y encarnados en medio de la aldea con anchas espaldas y buenos molletes, su familia se llena de desconsuelo; las esperanzas de su madre han fracasado: podía ser jokey, pero su gordura le condena a no ser mas que constable ó granadero de la guardia.

Un jokey que engorda es un jokey perdido. Se cuenta que un jokey irlandés, buen católico, todas las mañanas hacia esta oracion: «Dios mio, libtadme de la gordura y no me dejes caer en apeto.»

El jokey gordo es bueno á lo mas para ser cochero. ¡Qué decadencia! Asi, ¡cuántas precauciones no toman para combatir la gordura! Su alimento está medido como las medicinas que el farmacéutico pesa en su balanza: todos los dias camina como cazador de gamos; pero menos ligero que éste, llevan en el rigor del verano tanto abrigo como en el invierno, y envueltos en mantas, empaquetados como momias, andan tres ó cuatro leguas á todo correr. A su vuelta parecen mas bien chorros que hombres: corre el agua de su cuerpo; todos sus vestidos están empapados; se hallan molidos, muertos y estenuados; pero han adelgazado! Entonces los envuelven en nuevas mantas y les tienden delante de un buen brasero; se desenvuelve una abundante transpiracion que les hace aptos para vivir como ciudadanos en un país libre, es decir, que les conceden dos ó tres onzas de rosbef chorreando sangre acompañadas de dos ó tres vasos de vino de Burdeos. Para estas gentes poco les debe importar la constitucionalidad del país; me parece que debe serles indiferente, como sucede dentro de España á nuestros toreros. Recordamos con este motivo haber oido decir, tal es el furor político de nuestro país, y se lo hemos oido contar á persona muy respetable, que en 1823 entre los emigrados que fueron á Londres marchó tambien, como comprometido en aquella época, un banderillero llamado Muselina. Al clasificarle el gobierno inglés para darle los socorros que daba á los emigrados en una categoría, y no hallándose comprendidas entre las gerarquias políticas la de torero, Muselina se inscribió como literato español, siendo lo mas raro que no sabia escribir, teniendo todos los meses que firmar otro emigrado la nómina por él.

Con la anécdota del torero Muselina nos hemos distraído de nuestros jokeys, de los cuales seguiremos diciéndole que en las temporadas que median de unas carreras á otras suelen engordar algo por no sujetarse tan severamente y con tanta constancia al régimen dietético que hemos descrito; pero cuando se aproximan las carreras de caballos se ponen con toda severidad bajo él.

Las temporadas de las carreras de caballos en Inglaterra son una época de fiebre. Los ensayos comienzan tres semanas antes de la Pascua. El dueño corre, el jokey ayuna, todas las cuadras están en fermentacion: los jokeys y los amos están como los soldados en un día de batalla. Una nueva generacion de caballos va á presentarse en la lid, y si sale vencedora corre lo demas del año asegurando su reputacion. Todo el club, todo aficionado, todo inglés, por decirlo de una vez, está en conmocion. Nos recuerda esto una anécdota que oimos contar en Inglaterra y que pinta de un solo rasgo toda la importancia que

se da á las carreras de caballos en aquel país. Un jokey estaba enamorado, porque aunque uno sea jokey y se esté delgado se sienten los agujones del amor, y solicitaba en matrimonio á una jóven de Londres cuya familia tenia un comercio lucrativo en el Strans. El padre oponia una negativa perpétua á las peticiones del jóven.

Un día, al fin, un amigo del jokey, encargado de seguir las negociaciones, llegó á New-Market casi sin aliento, y se arrojó en sus brazos.

—¡Gran noticia! El padre consiente.

—¡Qué felicidad!

—Yo vengo á buscarte para la boda, ven.

—¿En seguida?

—Sí, el padre quiere que el matrimonio se haga mañana ó nunca.... Ven, pues.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Corro mañana.

¡El enamorado corría! Era como el general de ejército en el campo de batalla. Se quedó y no se casó.

Algunos jokeys han adquirido gran celebridad por su felicidad de adelgazar rápidamente.

En Londres habia dos *gentlemen*, el marqués de Devonshire y lord Dorstmut, miembros de la cámara alta ó individuos del club. Hicieron una apuesta. El uno de los caballos destinado para la carrera no habia corrido nunca: tenia cualidades, pero su adversario las tenia tambien y era hábil en la lucha; necesitaba, pues, un jokey de primer orden. Habia entonces un jokey llamado Davidson que tenia gran reputacion, que se habia criado en las cuadras del marqués de Devonshire que lo habia despedido en un momento de mal humor.

Lord Dorstmut lo sabia y fué derecho á buscar á Davidson.

—Imposible, mirad, respondió el jokey en cuanto comenzó á hablar lord Dorstmut.

Este desventurado se habia regalado muy bien con el dinero del marqués: estaba grueso y colorado.

—Se puede adelgazar, le dijo lord Dorstmut que á toda costa queria tener aquel jokey.

—Sí, si hubiese tiempo.

—Tenemos tres dias.

Davidson meneó la cabeza.

—Imposible, respondió.

—Pero, añadió lord Dorstmut, se trata del marqués de Devonshire.

—¿Mi antiguo amo?

—El mismo.

Davidson titubeó un instante y de repente dijo:

—¡Veamos! ¿Tiene el caballo de vuestra gracia alguna cualidad?... El hombre entra por mucho, pero el caballo tambien es algo.

—Tirano es jóven, sin esperiencia, pero tiene fondo y gran valor..... Con esto se hace mucho.

Davidson le dijo al fin:

—Probaré.

E inmediatamente se puso al régimen dietético; pero qué régimen! Todos los dias dos carreras de cuatro horas cada una, por la mañana y por la tarde. Fajado con mantas y colchas marchaba al sol con toda la velocidad que podia y volvía á su casa hecho un mar de sudor. Tomaba



algunas tazas de té hirviendo y se tendía en una cama calentada cargada de mantas. Su alimento consistía en carnero asado y vino de Burdeos. Se mantenía con alimentos fuertes y reducidos á su mas simple volumen. Al cabo de tres dias Davidson habia adelgazado veinte y ocho libras: habia entrado en los límites que previene el reglamento.

—Estoy dispuesto, dijo entonces á lord Dorstmut.

A la mañana siguiente montó á caballo y ganó la apuesta.

Podríamos todavía entretener muchísimo tiempo á nuestros lectores con la infinidad de anécdotas relativas á las carreras de caballos, que recogimos durante nuestra permanencia en Inglaterra; pero va haciéndose demasiado extenso este artículo, y nuestro objeto no ha sido mas que el manifestar y dar una ligera idea de esta diversion que como tantas otras cosas la moda quiere introducir en nuestro pais en que ya nos vestimos, comemos y andamos á la estrangera, oponiendo solo alguna resistencia á las diversiones, porque cada pais tiene su género peculiar de en-

tretenerse. Hemos tambien querido hacer ver á los que, admitiendo las corridas de caballos, tachan de bárbaras las corridas de toros que á pesar de lo *civilizadora* que es aquella diversion no está exenta de barbarie, aun superior á la de nuestras corridas de toros, porque á las desgracias que ocasionan aquellas, hay que añadir que con las preparaciones de los que en ellas se emplean se mina y destruye lentamente la existencia de los hombres, al paso que con nuestros toreros no sucede eso: cuanto mas fuerte y robusto se halla el matador, puede unir la destreza á la fuerza para trastear y vencer á los bichos. Nosotros estamos por las corridas de toros, y concluimos repitiendo como empezamos:

Mas quisiera pasar la semana  
Mantenido con sops comunes  
Que no ver el domingo el encierro  
Y perder la corrida del lunes!..

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### LA HERMOSA PAULA DE TOLOSA.

Vamos á hablar de una muger que de derecho tiene un lugar en la galería del MUSEO DE LAS FAMILIAS. Es la hermosa Paula de Tolosa, la *Venus cristiana*, como la han llamado en el siglo en que la belleza era tan peligrosa y tan frágil, tanto por sus prodigios exteriores cuanto por sus méritos y virtudes, encantos y talento.

El conocimiento de esta admirable figura, tan casta y tan pura, orgullo de Tolosa, merece estenderse al mundo entero. Paula Vigviers, baronesa de Fonteuille, era descendiente por parte de su madre de la ilustrísima familia de Lancefox. Los Vigviers no eran menos nobles que los Lancefox: su casa se remontaba al tiempo de las Cruzadas, y mucho mas allá todavía. Antonio de Vigviers fué el verdadero gefe de los cuatro mil gascones que le siguieron á la Tierra Santa, y resistieron en el templo de Jerusalem aquel formidable sitio que ha inmortalizado el Tasso con sus versos.

Desde su primera juventud la hija de Estéban Vigviers llamó la atencion del rey Francisco I, que tributó homenaje á su belleza tanto como á sus virtudes. Aquel rey galante y caballero fué el que la dió el sobrenombre con que fué conocida en su vida, y con el que la conoce aun la posteridad: la *hermosa*. En 1503, al volver de Marsella el joven monarca, donde habia cimentado su alianza con Clemente VIII por el matrimonio de su hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina de Médicis, sobrina de aquel soberano pontífice, los tolosanos le prepararon un magnifico recibimiento. Aguardaban al rey caballero con un entusiasmo que rayaba en embriaguez. En medio de las músicas, del estruendo de los cañones y del vuelo de las campanas, al llegar Francisco I á la puerta de Arnaud-Verner,

por la que iba á entrar, vió desplegarse toda la magnificencia de la comitiva que le aguardaba, y manifestó por ello su mas viva satisfaccion; pero lo que mas le llamó la atencion fué que, mientras doscientos niños á caballo vestidos de seda blanca sembrada de flores de lis de oro, y llevando en sus manos el escudo de la Francia, ejecutaban diversas evoluciones ecuestres, desde lo alto de la puerta bajó lentamente hasta los pies del rey una trasparente nube que abriéndose dejó ver en su seno dos jóvenes doncellas que derramaron flores á los pies del asombrado príncipe. La mas hermosa era rubia, y era Paula. Sus cabellos, entrelazados y mezclados con perlas, flotaban al aire graciosamente. Veíase en toda su persona esgracia que un artista italiano esplica por la palabra *morvidezza*. Sus ojos azules, espejo de su alma, ocultaban mal bajo sus largas pestañas, sus brillantes miradas, como los fuegos del Mediodía en un sereno cielo. Leíase en ellos el entusiasmo y todos los nobles sentimientos de la viva piedad que abrasaba su corazon. Musa santa, era de aquellas que el Ticiano y Rafael habian concebido en sus inspiraciones para representar el éxtasis del amor divino ó el radiante ángel de la fé.

Ruborizada, detúvose delante del monarca, y sin atreverse á levantar los ojos sobre él, sacó de un estuche de terciopelo bordado de oro un rollo de papel adornado de viñetas, el que leyó con una voz conmovida, y eran unas estrofas preciosas que la habian obligado á componer para esta solemne ocasion. El rey acogió aquel obsequio con gran júbilo, y dijo á la bella Paula que seria nombrada entre todas las señoras de Languedoc y de la Francia, y de los demas paises lejanos, como la mas bella y mas versada en el admirable arte que ella poseia, y que siempre conservaria en su memoria á la noble y hermosa Paula, que tal debia nombrársela desde entonces. La reina Leonor, que habia acompañado á Francisco I en este viage, hizo su



entrada al día siguiente. Cien jóvenes de incomparable belleza, y de la aristocracia de Tolosa, la sirvieron de escolta, y dieron la primera idea de aquella graciosa tropa que Catalina de Médicis llamaba su escuadrón volante. Paula sobresalía entre todas: jamás su belleza triunfó mas magníficamente. La reina quiso tenerla á su lado y hacerla sentar en su carroza entre sus damas de honor. Paula ejerció en todos los corazones de la corte esa impresion irresistible que debía asegurarle la gloria. Todos los poetas tolosanos y estrangeros que se hallaban allí la celebraron en sus versos, y sin hipérbole alguna todos la encontraban mas bella que las Gracias y mas hermosa que Venus.

dolores que sufrió su alma: encontró bastante fuerza en su virtud de muger para hacer callar, durante diez años que duró su primer matrimonio, el fuego de aquel en que se abrasaba.

Murió Beneguet, dejándola viuda á la edad de veinte y cinco años. Entre los numerosos rivales que se disputaban su mano pudo elegir sin oposicion y preferir al baron de Fonteuille, que conoció entonces todos los afectos que por él habia concebido, y todo el valor de aquella virtud tan constante. El caballero de Minut era uno de sus rivales, y sin duda el mas desgraciado: primo de Paula, la habia admirado y amado desde la infancia, cuando todos



Saco de un estuche de terciopelo bordado de oro un rollo de papel adornado de viñetas, el que leyó con voz conmovida, y eran unas estrofas preciosas.

En una de estas fiestas vió el baron de Fonteuille á Paula Vigviers. Tenia entonces el baron veinte años de edad, y llegaba de la frontera, en donde servia en los ejércitos del rey: trataba de desposarse con la hija del mariscal de Monluc, con la que se enlazó despues. Vió á Paula y todo lo olvidó: Paula sintió á su vista igual emocion, pero en silencio, en lo profundo de su corazon: para los dos fué aquel rápido momento el lazo con que los unió el destino: empero los dos debian comprar su felicidad con grandes padecimientos, con una resignacion á toda prueba. Paula vió, sin descubrir su pasion, desechar á sus padres los homenajes del jóven baron, y unirla á Benaguet. Nadie supo los

ignoraban los encantos y las gracias de su talento. Burlado por segunda vez en sus esperanzas, quiso huir para siempre de los sitios que le recordaban los tormentos que habia sufrido, y se marchó, despidiéndose en unos sentidos versos del objeto de su amor.

Al abandonar á Tolosa, Minut se refugió en el Roberge de que era senescal. Cuando vino á Paris en vano buscó en los placeres de la corte y en el trato de hombres de talento el olvido de la que huia.

Paula no conoció la tranquila existencia que todo parecia presagiarla. La pérdida de su único hijo de una edad en que comenzaban á verse las encantadoras facciones de



su madre, la sumió en una tristeza de que nada podía consolarla. Entregada á su dolor, gozando solo en su amargura, se separó del mundo de un modo tan absoluto, que no salía de su casa nunca, y se hizo invisible aun á los amigos de su familia.

Se dice en una tradicion que el caballero de Minut logró volverla á ver todavía un dia que pasaba por Tolosa con esta sola intencion: pero para verla tuvo que escitar un tumulto en la ciudad. Este es uno de los mas curiosos episodios de las costumbres de aquellos tiempos caballerescos. Bajo la influencia y por las instigaciones de Minut, á quien la casa de Paula habia permanecido cerrada como á todo el mundo, tomó la resolucion de escitar una conmocion pública. Hizo correr la voz de que habia sucumbido á su desesperacion, y el pueblo que tan pronto se exalta, fué tumultuosamente á las puertas de su casa, y á grandes gritos pidió verla. Crecia el tumulto y la confusion, y en pocos instantes la ciudad entera se hallaba amotinada á las puertas de aquella casa. Obstinábase Paula en no ceder á los deseos del pueblo, y poco faltó para que fuese invadida su casa; pero felizmente en lo mas fuerte de la agitacion lanzóse un grito, de Minut sin duda, diciendo que debia irse al parlamento para que éste mandase salir á Paula. Aquel grito salvador de boca en boca se difundió por todas las masas: al mismo tiempo que algunos grupos se adelantaban hácia la plaza del palacio, la muchedumbre inmensa, de comun acuerdo, les siguió. Sorprendidos los consejeros por aquella imprevista visita, quisieron cerrar las puertas, y valerse de los soldados: no los dejaron tiempo. Cual la marea que sube, los amotinados invadieron el palacio llenando las salas y los corredores hasta que no cupieron mas: en vano un consejero trató de contener aquel tumulto; fué desoída su voz. Se queria que el parlamento, representante de la autoridad suprema, obligase por un decreto á la bella Paula á presentarse. Temeroso el tribunal de la violencia, trató de evitarla retirándose: empero todas las puertas estaban cerradas por una multitud turbulenta y compacta. Todos piden la orden y fué forzoso ceder ante un deseo tan unánime y pronunciado: la orden fué acogida con frenéticas aclamaciones. En cuanto Paula lo supo, no aguardó á que se la intimasen y se presentó al balcon vestida de luto y con el rostro bañado en lágrimas: la multitud lloraba y aplaudia con transportes de un entusiasmo que rayaba en delirio. Jamás reina, jamás muger ilustre ó venerada recibió tan puros homenajes.

En cuanto á Minut, triunfante con haber vuelto á ver á Paula, abandonó á Tolosa, llevando esta felicidad para el resto de su vida. Aun debia volver á verla otra vez, en el año 1564.

Para ser tan querida de todos, no bastaba á Paula su perfecta belleza; consistia en que su belleza estaba adornada con el brillo de todas las virtudes. En aquellos tiempos de sencillez el pueblo atribuia frecuentemente benéfica influencia á los que rodeaba con su respeto y su amor. Paula tuvo el honor de ser colocada por sus conciudadanos entre los seres elegidos, y ser mirada como un gran genio, cuya presencia protegia y daba la felicidad. En su supersticion habia rodeado á la que adoraba del consuelo y el alivio de sus males. La Academia de los *Juegos Florales* quiso á su vez forzar su retiro, invitándola á venir á recibir al con-

curso el premio ofrecido á la sublime espresion de su dolor. Paula no resistió á aquella interesante prueba del aprecio público: se presentó en medio de aquella fiesta brillante, espléndida, cubierta con vestidos negros y con un crespon en la frente. Con una voz llena de sollozos, consintió en cantar los pesares de que su corazon se habia mostrado tan celoso. Cantó el amor maternal en sus alegrías y en sus tristezas. Su corazon, abismado de ternura, habia agotado todas las emociones.

Nada pudo mitigar su dolor: embebida en contemplar su desgracia, su vida no fué mas que una larga serie de dias lánguidos. Se despidió de los placeres del mundo, y sin seguir en su rigoroso proyecto de retiro, no se trató con nadie, y no apareció en público sino en lugares consagrados á la oracion. Lejos de alterar su belleza sus padecimientos, no habian hecho masque prestarle una espresion mas interesante. Pasaban los años sobre su frente sin estampar en ella sus huellas, conservando siempre su primer brillo, apareciendo ahora solo como la reina del sentimiento.

Catalina de Médicis y Carlos IX cuando vinieron á Tolosa en 1564, se maravillaron de su belleza, y no titubearon en proclamarla la mas hermosa señora del mundo: tenia entonces cuarenta y cinco años.

Minut, que habia olvidado sus proyectos de destierro por seguir á la corte en Tolosa, en sus memorias ha dejado escrito que era una de las cosas notables que en aquella época se enseñaban en la ciudad de Tolosa. Paula no asistió ni á la entrada ni á las primeras funciones que se ofrecieron á los reyes. Debia permanecer retirada: esperaba que la edad y la tristeza la pondrian al abrigo de importunas invitaciones: ignoraba que su belleza la buscaban todos los ojos, y que era el mejor adorno de Tolosa. Catalina de Médicis no hubiera consentido voluntariamente en dejar aquella ciudad sin haber visto á la noble é interesante belleza que no habia querido participar de los placeres y honores de su corte.

En el dia señalado para la presentacion de Paula se hallaban llenas de gente las inmediaciones del palacio y las salas en que el rey y su madre recibian, viéndose estas atesadas de cortesanos curiosos. Paula era el objeto de todas sus conversaciones, y muchas señoras de las provincias inmediatas que no la conocian ó no la habian visto desde su juventud, preguntaban maliciosamente si seria cierto que á su edad se pudiese ser jóven todavía. Las mas aseguraban que habia perdido la frescura de la tez; otros que sus cabellos se habian oscurecido y no tenian sus brillantes colores. Cada cual se esforzaba á porfia en disputar la aquel cetro de la belleza, que ninguna conservó tan largo tiempo. Perdíanse así las conversaciones en conjeturas de toda clase, cuando ella las puso fin por el asombro que inspiró su presencia. Nadie al verla tuvo necesidad de preguntar si era ella: en su andar cada cual conoció á la diosa, como dice Virgilio al hablar de Vénus. Las memorias de su tiempo aseguran una cosa muy sorprendente, y es que permaneció hermosa hasta la edad de ochenta años. Murió á los ochenta y siete, habiendo conservado hasta el fin la plenitud de todas sus facultades, de todas sus gracias y de todos sus amables talentos. Habia tenido el dolor de ver morir á su hijo mucho antes de sus últimos dias; recibió este gran golpe con la resignacion que da la fé.



Solo se conservan los escritos de Branton y una obra de Minut, titulada *Pauleografía*, siendo una cosa triste que no nos haya quedado en ningun lienzo, en ningun mármol, para ser perpetuados aquellos divinos atractivos. Desde el tiempo del condestable Montmorency, los tolosanos no han olvidado citar á la hermosa Paula en el número de sus cuatro maravillas: y la prueba es esta rima proverbial que todos saben y todavía repiten:

El capitolio, San Sernin  
la bella Paula, Matelin.

Al visitar hace muy pocos años la ciudad de Tolosa, fui á ver el gran convento de los Agustinos, célebre en aquel país. Despues de haberme enseñado el hermoso claustro y las otras partes notables de él, el sacerdote que hacia el obsequio de acompañarme, y que me habia enseñado todas las preciosidades que se hallan contenidas en aquel convento, me dijo que faltaba aun la mas principal. Al hablar así encendió una lámpara y entró en un corredor sombrío

invitándome á seguirle. Cuando llegamos al cripto que hay debajo de la capilla, se detuvo delante de una bóveda, cuya puerta abrió haciéndome entrar en ella. Allí se ven alrededor numerosos féretros colocados en nichos, unos sobre otros, y por orden de fechas. Aproximó su lámpara á uno de ellos, y habiéndose asegurado de que era el que buscaba, levantó la tapa del ataúd forrado de plomo, enseñándome con el dedo el esqueleto que habia dentro.

—Ved estos despojos mortales, me dijo con un acento lúgubre, que es lo que he querido mostraros lo último. Ved estos huesos secos, que son hoy polvo, y que cuando se hallaban vestidos de carne y cuando el espíritu iluminaba esos ojos, que no existen, estos restos humanos fueron llamados la maravilla de su siglo. Mirad, añadió acercando su lámpara al interior del sepulcro, ¿reconoceis á la noble Paula de Vigviers, baronesa de Fonteuille, la reina de la belleza, el orgullo y el amor de los tolosanos?

—¿Es esta la hermosa Paula?...

—Sí. Así se desvanecen las maravillas, así pasan las glorias del mundo.

## ESTUDIOS ANECDOTICOS.

### SHAKSPEARE.

Vamos á referir á nuestros lectores una anécdota inédita. Es la historia de la causa, ignorada hasta el día, de la muerte súbita y prematura de Shakspeare, y la parte interesante y dramática de esta historia, que es una repetición y realización de la famosa escena de los enterradores en el cuarto acto del *Hamlet*, una de las mas célebres tragedias del famoso poeta inglés.

Hacia tres años que el famoso Williams Shakspeare, retirado del teatro y del mundo, vivia feliz en medio de su familia, en su país natal de Strafford sobre el Avon (condado de Warwick). Gracias á los frutos de su talento y á los favores de la reina Isabel, gozaba de una fortuna equivalente á veinte y cinco mil libras de renta. Una sola nube turbaba aquella pacífica existencia: era el recuerdo de Hammet, su hijo, el único heredero de su nombre que habia perdido en la flor de la edad, y que sus dos encantadoras hijas, Judit y Susana, no habian podido hacerle olvidar despues de veinte años.

Era tanto mas inconsolable su pesar, cuanto que despues de aquellos veinte años de continua ausencia, no habia podido encontrar en el cementerio trastornado de Strafford el abandonado sepulcro del hijo querido, sobre el que habia él fijado en otro tiempo una cruz de hierro con su nombre calado en el metal.

Esto indicaria tal vez que Shakspeare era católico, contra la opinion de los biógrafos que lo declaran protestante, sin ninguna prueba de su afirmación.

Sea de esto lo que fuese, el poeta vagaba una tarde en el campo del descanso, preguntando á cada sepulcro su nombre.

—¿Encierras tú mi hijo?

En esto presencié la escena cómica, lúgubre y sublime que abre el cuarto acto de su *Hamlet*. Dos enterradores hablaban y se chanceaban, exhumando los antiguos muertos para dar lugar á los nuevos.

—Vamos, azadon, no hay mas antiguos caballeros y gentiles hombres que los jardineros y los enterradores; continuamos la tarea de Adán.

—¿Quiénes se conservan mejor en la tierra?

—Los curtidores, pardiez.

—¿Quién es el que construye mas sólidamente que el albañil, el constructor de navios y el carpintero?

—Los que levantan las horcas y los cadalsos, porque su obra sobrevive á todos los que las ocupan.

—Bien respondido; pero no es eso: es el enterrador porque sus casas durarán hasta el día del juicio final. Ves á buscarme un vaso de aguardiente. Despues se puso á cantar:

En tiempo de mi juventud  
Y en la edad de los amores,  
No trabajaba en sepulcros,  
Que cultivaba las flores....

Llegó el aguardiente, y los dos enterradores echando sendos tragos examinaban los cráneos que desenterraban sus azadones.

Shakspeare se recordaba su *Hamlet*; pensaba en su hijo, y los oia asomándose una lágrima á sus ojos.

—Hubo un tiempo en que esta cabeza tenia una lengua. Era tal vez un profundo político, que se lisonjaba de engañar al mismo Dios. Era este algun cortesano sobresaliente, en decir: buenos dias, monseñor, ó alababa el caballo de monseñor para que monseñor se lo regalase. ¿Y este? Apostaría que era un abogado ¿Dónde están sus tri-



quiñuelas y sutilezas? ¿Por qué no pide daños y perjuicios al azadon que le quita el musgo que le cubre? ¡Héle ahí hipotecado á él mismo á su vez! ¡No ocupa el espacio de dos contratos de venta...

—¿De quién es esa hoya?

—Tuya, porque estás dentro de ella.

—¿Y esta calavera?

—La reconozco; es la de Yorick, el bufon del rey. ¡Pobre Yorick! ¡Inagotable mina de agudezas, gracias, y de canciones! ¡No tiene un movimiento para burlarse de su

Después de nuevas risas sobre aquella última calavera los enterradores la arrojaron á los pies de Shakspeare, donde fué rodando con un pedazo de hierro oxidado, que el grande hombre cogió estremecido de horror.

Leíase todavía en él por entre el orin el nombre de Hammet.

¡Era el cráneo del hijo adorado del escritor!

La impresion de Shakspeare fué tal que volvió á su casa enfermo, y no tuvo mas tiempo que para mandar construir un nuevo sepulcro para su hijo, y murió al fin de la semana



Shakspeare y el enterrador.

propio gesto! Marcha, Yorick, vé á decir á la primera belleza de hoy día que aunque se ponga una pulgada de blanquete, bien pronto tendrá tu rostro!

—¿Crees tú que Alejandro y César hayan tenido esta traza?

—¡Bah, se han convertido en barro, y sirven para tapar alguna gatera de una fábrica.

En *Hamlet* la escena termina por la entrada del féretro de Ofelia. Hamlet reconoce á su querida, y vuelve á caer en un acceso de locura.

Para el autor del *Hamlet* la escena tuvo un desenlace casi igual.

á la edad de cincuenta y dos años, el 23 de abril de 1616, día del aniversario de su nacimiento.

En aquel mismo día, en aquel mismo año, el mundo perdía también á otro gran genio, á Miguel de Cervantes Saavedra, el autor de *Don Quijote*! Coincidencia singular, en un mismo día desaparecieron del mundo los dos mas grandes y brillantes genios de la Inglaterra y de la España; pero Corneille y Milton acababan de nacer.

Presentamos á nuestros lectores el dibujo de esta escena, debido al inteligente lápiz de M. E. Mancha.